

mos, es porque al trabajador no se le tiene en nada en la organización de las fábricas y porque el rasgo característico de ellas es el más absurdo derroche de las fuerzas humanas.

Sin embargo, como raras excepciones, encuéntrase ya algunos talleres fabriles tan bien arreglados, que daría verdadero gusto trabajar en ellos—si el trabajo no durase más que cuatro ó cinco horas diarias y si cada cual tuviese facilidad de variarlo á su antojo.

Hay una fábrica—dedicada, por desgracia á ingenios de guerra—que nada deja que desear desde el punto de vista de la organización sanitaria é inteligente. Ocupa veinte hectáreas de terreno, quince de las cuales tienen cubierta de vidrio. El suelo, de ladrillo refractario, está tan limpio como el de una casita de minero; y una brigada de operarios, que no hace otra cosa, limpia esmeradamente la techumbre acristalada. Allí se forjan barras de acero hasta de veinte toneladas de peso; y estando á treinta pasos de un inmenso horno, cuyo fuego tiene una temperatura de más de mil grados, no se advierte su presencia sino cuando la inmensa boca del horno deja paso á un monstruo de acero. Y ese monstruo lo manejan sólo tres ó cuatro trabajadores sin más que abrir acá ó acullá un grifo haciendo mover inmensas gruas por la presión del agua dentro de tubos adecuados.

Se entra dispuesto á oír el ruido ensordecedor de los mazos colosales y se descubre que no hay mazo ninguno. Los inmensos cañones de cien toneladas y los ejes de los vapores trasatlánticos se forjan por la presión hidráulica, y el obrero se limita á hacer girar la llave de un grifo para comprimir el acero, prensándolo en vez de forjarlo, lo cual da un metal mucho más homogéneo, sin quebrajas, cualquiera que sea el espesor de las piezas.

Espérase un rechinamiento infernal, y se ven máquinas que cortan masas de acero de diez metros de longitud sin hacer más ruido que el necesario para cortar un queso. Y cuando expresábamos nuestra admiración al

ingeniero que nos acompañaba, respondía:

«¡Pero si es una simple cuestión de ahorro! Esta máquina que cepilla el acero lleva sirviéndonos cuarenta y dos años. No hubiera servido ni diez, si sus partes mal ajustadas ó harto débiles, se entrechocasen, rechinasen y chillasen á cada golpe del cepillo.

»¿Los altos hornos? Sería un gasto inútil dejar irradiarse afuera el calor, en vez de utilizarlo. ¿Por qué tostar á los fundidores, cuando el calor perdido por irradiación representa toneladas de carbón?

»Los mazos de pilón que hacían temblar los edificios en cinco leguas á la redonda, ¡otro despilfarro! Se forja mejor por presión que por choque, y cuesta menos; hay menos pérdida.

»El espacio concedido á cada taller, la claridad de la fábrica, su limpieza, todo ello es una sencilla cuestión de ahorro. Se trabaja mejor cuando se ve claro y no hay apreturas.

»Verdad es que estábamos muy estrechos antes de venir aquí. Y es que el suelo cuesta terriblemente caro en los alrededores de las grandes ciudades. ¡Son tan rapaces los propietarios!»

Lo mismo sucede con las minas. Aunque no sea más que por Zola ó por los periódicos, ya se sabe lo que la mina es hoy. Pues bien; la mina del porvenir estará bien ventilada, con una temperatura tan perfectamente regular como la de un gabinete de trabajo, sin caballos condenados á morir debajo de tierra, haciéndose la tracción subterránea por medio de un cable automotor puesto en movimiento desde la boca del pozo; los ventiladores estarán siempre en marcha y nunca habrá explosiones. Esta mina no es un sueño; se ven ya en Inglaterra, y nosotros hemos visitado una. También aquí es una cuestión de economías ese buen orden. La mina de que hablamos, á pesar de su inmensa profundidad de 430 metros, suministra mil toneladas diarias de hulla con doscientos trabajadores solamente, ó sea cinco toneladas por día y por trabaja-